

# Cuando la Economía era aún una ciencia social

por *Joan-Francesc Pont Clemente*  
Académico de número

Como se ha dicho ya en la sesión académica de hoy, durante los años sesenta y setenta del pasado siglo, la formación inicial de los economistas y la educación económica de los juristas y de quienes porfiaban en el conocimiento de las ciencias políticas en muchos países del mundo tuvo como referente inexcusable el manual de *Economía Política* del profesor Raymond Barre<sup>1</sup>. El adjetivo añadido al sustantivo no era baladí, pues situaba la ciencia mencionada, etimológicamente, como *administración del patrimonio de la Ciudad*, una bella invocación republicana, por tanto, adecuada a la trayectoria de quien llegaría a ser primer ministro de Francia, destinada a entrelazar lo genuinamente económico con el resto de dimensiones del ser humano que vive en una sociedad organizada, y alejada del frío mecanicismo de algunas concepciones de la Economía sin adjetivos. Lo ha destacado el presidente de la Academia, profesor Gil Aluja, en repetidas ocasiones: la obsesión del profesor Barre era la conexión entre la Economía y la realidad. Además, Barre era un firme defensor de la libertad de la ciencia, en general, y de la ciencia económica, en particular, descubriendo las raíces de tal afán de libertad, acertadamente, en el Renacimiento y en la Reforma, es decir, en el análisis de los hechos y no en la interpretación de los dogmas, en la escisión de la Ética del tronco teológico para fundamentarla en principios de general aceptación<sup>2</sup>.

La Economía, cultivada y entendida plenamente como una ciencia social, como quería el profesor Barre, ha de ser capaz de interrogarse sobre cuál ha sido y cuál debería ser, quizás, el eje de sus investigaciones. Enfrascada en las concepciones que han opuesto

---

<sup>1</sup> Utilizo aquí la 9ª edición castellana, realizada por José Ignacio García Lomas, revisada por Joan Hortalà Arau y prologada por Fabián Estapé, realizada sobre la 5ª edición francesa (1965), publicada por Ariel en dos volúmenes en 1977.

<sup>2</sup> Cfr. *Economía Política*, vol. I., pág. 48.

fines ilimitados con medios escasos y que han señalado el egoísmo de los operadores del mercado como explicación de su conducta, la Economía se ha orientado hacia la búsqueda de los *límites*. Así, por ejemplo, una rama de la Economía como la Hacienda Pública se ha preocupado de discernir cuál es la presión fiscal máxima que puede soportar un determinado sistema; pero se muestra desconcertada a la hora de explicar teóricamente la disminución o la supresión de impuestos; y, sobre todo, halla dificultades insuperables para concebir el impuesto justo. Para la Economía, la Justicia parece una abstracción precientífica y, sin embargo, los lazos entre Economía y Justicia deberían constituir uno de los objetos de conocimiento de la ciencia social. Las restricciones del análisis económico basado en modelos que admiten ciertas variables y descartan otras circunstancias a las que se consideran constantes, conducen al espejismo de dibujar límites que parecen certezas y no son más que hipótesis de trabajo, pero que señalan pautas de comportamiento susceptibles de conducir al abismo. Un ejemplo, aunque no el único, lo hallamos en la venta de productos identificados no por su precio total, sino por la cuota mensual del fraccionamiento de pago, establecida de tal modo que oculta el verdadero coste de las cosas e, incluso, su carga financiera si ésta se asocia a un tipo de interés variable. El consumidor recibe así impulsos de compra que le sitúan en un supuesto límite de sus posibilidades.

La Economía de los límites parece preconizar que todo lo que se *puede* hacer se *debe* hacer, porque el ideal de bienestar se hallaría precisamente en esa frontera de la actuación humana. Esta teoría ha impregnado, según mi criterio, los procesos de toma de decisiones durante el último período de bonanza económica en el que se ha confundido el progreso con la capacidad de gasto, a costa de cualquier endeudamiento, asumiendo el egoísmo como directriz esencial del ser humano. El pensamiento del profesor Barre era, por el contrario, mucho más sofisticado cuando adoptaba como suya la doctrina de los economistas vieneses que hacían depender el bienestar de una multitud de factores subjetivos y objetivos, de motivaciones y móviles de una extrema variedad, económicos, políticos, sociales y religiosos; y, sobre todo, de carácter egoísta,

unos, pero altruista, otros<sup>3</sup>. La consideración del altruismo como uno de los elementos del comportamiento racional introduce una variable que sólo las opciones que me atrevería a calificar de humanistas de la Economía son capaces de tomar en consideración en su análisis, a la par que pueden de este modo huir del dogma de la *racionalidad capitalista*, del hombre concebido al modo de Edgeworth como una *máquina de gozar*, para adentrarse en la investigación sobre lo que Louis Baudin llamó la *relatividad de la racionalidad* <sup>4</sup>.

La Economía de los últimos tres lustros se ha construido sobre la transformación de lo posible en necesario, alterando el esquema axiológico de una sociedad que pretendía ser adulta y se comportaba con las pulsiones de una adolescencia consentida presidida por la vacua pretensión de que *todo está permitido*. Una enfermedad, por cierto, que ha contagiado no sólo a la Economía sino a la propia Política, al desvertebrar la sociedad, cercenando desde las exigencias del consumo la posición social de los maestros –que deberían tener la consideración de los funcionarios más relevantes- y el prestigio, en general, de lo público. Lo privado, en su peor sentido, lo que se puede comprar, arrincona a lo público, que se desprecia y se ve condenado a la marginalidad. La vida de Raymond Barre, por el contrario, es un paradigma de reivindicación del espacio público de la Ciudad.

El profesor Tugores, entre los economistas españoles, se ha dado cuenta, con lucidez, que la tentación de quien se aproxima al abismo es *dar un paso adelante*, lo que ha conducido a la Economía de los límites a transformarse, a menudo, en una *Economía de los ultralímites*, si se me permite la expresión, es decir en la búsqueda constante de fórmulas de supervivencia más allá de lo posible. Para conseguir este objetivo sólo era preciso introducir en el análisis pseudo racional una variable concebida como *futurible*, por ejemplo, la asunción de una disminución constante de los tipos de interés o el recurso a la inversión desordenada en mercados sobre opciones o la glorificación de la llamada nueva economía basada en la Red, lo que permitía describir nuevos escenarios

---

<sup>3</sup> Cfr. *Economía Política*, vol. I, pág. 129.

ofrecidos como reales cuando no pasaban de sueños o de pesadillas. Estos delirios de la razón explican, pero no justifican, lo que el profesor Tugores ha denunciado como *excesos o imprudencias que se han cometido, propiciado o tolerado en muchos ámbitos, desde la dinámica de los príncipes de las finanzas hasta la complacencia de los (teóricos) supervisores y reguladores, pasando por el clima de complicidad en buena parte de una sociedad a la que probablemente sea aplicable el viejo aforismo griego de que “los dioses ciegan a los que quieren perder”*<sup>5</sup>.

El economista consagrado a la persecución de los límites y a las fórmulas de transgredirlos habría olvidado la sabia admonición del profesor Barre, para quien *el economista no tiene derecho –excepto bajo la presión de la evidencia- a conferir un valor privilegiado a la forma de explicación que su disciplina facilita, ni a ver en ella la clave de todos los secretos de la historia humana*. Barre, en suma, nos advertía del peligro de que la Economía [justamente apellidada *política*] dejara de ser una ciencia social. Lamentablemente, los sumos sacerdotes de la Economía, administradores de un conocimiento esotérico que creen poseer en exclusiva en detrimento del resto del mundo que, según ellos, caminaría en las tinieblas, han perpetrado el delito que Barre les advirtió que no cometieran, y han segregado la Economía del árbol de la ciencia, o, lo que es peor, la ha colgado de la rama de las ciencias exactas. Urge, pues, devolver la Economía al claustro del que nació, cultivar su carácter de ciencia social y reconciliarla, sobre todo, con la Filosofía. Éste creo, sinceramente, que es el designio de nuestra Academia.

La Economía ha trabajado con detalle el concepto de *umbral de pobreza* concebido como el nivel de renta disponible por debajo del cual el sujeto se halla incapacitado para la satisfacción de las necesidades básicas. Hay, sin embargo, otro concepto que merece también atención en las sociedades que han alcanzado el nivel de desarrollo de la Europa occidental, el *umbral de bienestar*. Éste sería el nivel de renta disponible por

---

<sup>4</sup> Cfr. *Economía Política*, vol. I, pág. 134.

<sup>5</sup> Tugores, Juan: “Pasar cuentas”, en *La Vanguardia*, 30 de octubre de 2008.

debajo del cual el sujeto percibe una notable insatisfacción sobre sus condiciones de vida por comparación a sus aspiraciones y a la situación de su entorno.

La cultura socialdemócrata enraizada en Europa Occidental tras 1945, vinculada a la aspiración a la paz, ha sustentado el combate contra la pobreza de los sectores más débiles de la sociedad en la tutela de los poderes públicos mediante soluciones políticas que son sólo instrumentos al servicio de aquel ideal y que, por tanto, pueden revisarse. Lo que no me parece admisible es olvidar o postergar el objetivo redistributivo que permite la protección de los inermes. Y, más allá de esta declaración de principio, creo que el economista no puede desconocer que en la realidad los ciudadanos han gozado en el pasado reciente de determinados niveles de bienestar que ahora se hallan en peligro. El Estado social que consagra nuestra Constitución no puede desconocer la sensibilidad de los distintos sectores sociales ante la crisis.

En efecto, cuando una franja significativa de la sociedad se acostumbra a superar el umbral de bienestar, aunque sea a duras penas, mediante el recurso a las soluciones nacidas de la Economía de los límites, acaba considerando que le asiste el derecho a mantenerse en el nivel alcanzado. Cuando pierde este nivel, no es de extrañar que el fenómeno se entienda como una agresión. Esto explica, por ejemplo, que la quiebra de una empresa con muchos trabajadores provoque manifestaciones callejeras. La expresión pública de un rechazo a lo que ocurre no saneará la cuenta de resultados de la empresa hundida ni la reflotará, pero responde a la lógica del grito contra lo que se ha perdido y, también, es una forma de reconducir la angustia ante la incertidumbre.

La Economía de los límites debería dar paso a una *Economía de lo razonable*, capaz, entre otras cosas, de considerar *la austeridad* como un valor social compartido. Así lo ensayó Raymond Barre como primer ministro entre 1976 y 1981, con consecuencias ciertamente discutibles sobre la calidad de vida de los ciudadanos, pero dejando como legado el núcleo, el corazón si se quiere, de un pensamiento social construido a la escala humana del comportamiento de un buen padre de familia, el paradigma romanista de

conducta. Ni todo lo que se puede hacer se debe hacer y ni siquiera conviene hacerlo. La averiguación sobre la posibilidad es sólo un elemento de juicio que ha de añadirse a los demás elementos de la misma o de distinta naturaleza para fundamentar las elecciones efectuadas. Si la libertad del ser humano se resumiera en perseguir ineluctablemente lo que puede hacer, nos hallaríamos en realidad ante una ausencia de libertad. El ser humano libre se construye a sí mismo y contribuye a construir su entorno mediante el ejercicio de su libertad de pensamiento. La Economía es para el hombre y no el hombre para la Economía.

El ensayo sobre una Economía de lo razonable parte, en primer lugar, de la constatación de lo que no es razonable y no lo es ni alcanzar sistemáticamente el límite, ni, mucho menos, dar un paso adelante al llegar al abismo. La razonabilidad es un juicio humano no estrictamente ni preferentemente económico, pero que es capaz de integrar la Economía en el afán más humano de todos, el que nace en Egipto y se plasmará en Grecia, la búsqueda permanente de la sabiduría.

Señor Presidente,

La evocación en esta sesión vespertina de la Academia del profesor Raymond Barre, quien ocupó un sitio entre nosotros, lo que nos compromete a guardar su memoria, ha puesto de manifiesto no sólo la deuda que tenemos con él, quien, en palabras de Bernard Kouchner pronunciadas el 24 de agosto de 2007, *supo encarnar la pasión exigente de Europa*, sino también la deuda que los hombres y mujeres de buena voluntad, que aspiramos a un mundo en libertad y armonía, tenemos con Francia, pues la vida y la obra de nuestro eximio académico han vuelto a hacer cierto el viejo aforismo liberal-demócrata de que *todo hombre tiene dos patrias, la suya propia y Francia*.